

Espectralidad, semiosfera y materialismo gótico en la contemporaneidad*

Spectrality, semiosphere and gothic materialism in contemporaneity

Bottari, Alejandra Lorena¹

Complejo Universitario Regional Zona Atlántica y Sur (CURZAS),

Universidad Nacional del Comahue

Viedma, Argentina

bottarialejandra@gmail.com

Resumen

El presente artículo propone una reflexión filosófico-teórica sobre la experiencia contemporánea de la espectralidad en el capitalismo tardío, atendiendo a las transformaciones en los modos de producción de sentido y en las formas de mediación social. A partir de una articulación entre la semiótica de la cultura, la teoría de los afectos y el materialismo gótico, se examinan las configuraciones mediante las cuales lo social se constituye como un campo atravesado por persistencias, restos y temporalidades dislocadas. En este marco, la expansión de la semiosfera digital y la crisis de las mediaciones políticas e institucionales no producen una mayor transparencia, sino una intensificación de la opacidad y la fragmentación. Se sostiene que estas transformaciones dan lugar a una experiencia del mundo caracterizada por la presencia de entidades impersonales y fuerzas no localizables que exceden los modelos clásicos de representación. En este sentido, se propone comprender el

* El presente trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación "Figuraciones del horror. Usos y desvíos del policial en la narrativa argentina actual (PI 04/V123)", del Departamento de Lengua, Literatura y Comunicación del CURZA (Universidad Nacional del Comahue), dirigido por la Dra. Adriana Lía Goicochea. Asimismo, se vincula con la tesis de Maestría en Educación Literaria (CURZA-UNCo) en curso.

¹ Docente de educación secundaria y especialista en Lengua, Literatura y Comunicación, graduada del Complejo Universitario Regional Zona Atlántica y Sur, donde actualmente cursa estudios de maestría. Desarrolla su actividad académica integrando docencia, investigación y extensión universitaria. Ha participado en el Proyecto de Investigación "Figuraciones del horror. Usos y desvíos del policial en la narrativa argentina actual (PI 04/V123)", dirigido por la Dra. Adriana Lía Goicochea, colaborando en la producción de trabajos académicos y difusión de resultados. Ha presentado ponencias en congresos y jornadas, publicado artículos científicos y coordinado mesas temáticas vinculadas con la reescritura del género gótico y las relaciones entre policial y narrativa contemporánea. Es autora del prólogo de la colección Patagonia Gótica. Participa en el proyecto de extensión "Comunicación y educación: tramas que transforman" (Resolución N.º 553), orientado a fortalecer vínculos entre universidad, escuela y comunidad.

capitalismo contemporáneo a partir de una ontología espectral, capaz de dar cuenta de la coexistencia de lo presente y lo ausente, lo visible y lo invisible, como rasgo constitutivo del presente.

Abstract

This article develops a philosophical and theoretical reflection on the contemporary experience of spectrality within late capitalism, focusing on transformations in meaning production and social mediation. Drawing on cultural semiotics, affect theory, and gothic materialism, it examines how the social emerges as a field shaped by residues, temporal disjunctions, and persistent traces. In this context, the expansion of the digital semiosphere and the crisis of political and institutional mediations do not generate transparency but rather intensify opacity and fragmentation. These conditions produce an experience of the world marked by impersonal entities and non-localizable forces that exceed classical representational frameworks. The article argues that contemporary capitalism can be understood through a spectral ontology, in which presence and absence, visibility and invisibility coexist as defining features of the present.

Palabras clave

Espectralidad. Semiosfera. Materialismo gótico. Afectos. Capitalismo tardío.

Introducción

Las transformaciones contemporáneas de la vida social pueden ser pensadas a partir de la noción de semiosfera en el sentido propuesto por Lotman (2005), como condición de posibilidad de la experiencia cultural antes que como mero ámbito de circulación de signos. La semiosfera se configura como una organización diferencial en la que ciertos códigos tienden a estabilizarse mientras otros permanecen en zonas de variación, traducción y conflicto. En ese movimiento, los procesos de semiosis producen desplazamientos constantes, rearticulando las relaciones entre centro y periferia. En la fase actual del capitalismo, esta dinámica se intensifica y altera su propio régimen de funcionamiento. La expansión de la semiosfera bajo condiciones digitales modifica la relación entre visibilidad e inteligibilidad. La proliferación algorítmica

de imágenes, discursos y registros configura una saturación en la que el exceso dispersa y redistribuye las condiciones de producción de sentido. La experiencia social se despliega en un campo atravesado por una densidad semiótica que introduce variaciones continuas en los modos de percepción y de articulación.

A la altura de este problema, puede leerse en Jameson (1991) una formulación en términos de crisis de la capacidad de totalización, en la que la representación pierde su eficacia como instancia de articulación del conjunto. La fragmentación se instala como régimen, configurando un campo en el que las superficies de lo social se despliegan sin converger en una figura integradora. Lo que aparece se dispone en registros discontinuos cuya coexistencia no se resuelve en una forma unificada. Esta condición remite a una transformación en el modo de aparición de lo real. La experiencia contemporánea se configura a partir de dinámicas móviles, superposiciones y desplazamientos que afectan la consistencia de lo presente. Cada configuración se encuentra atravesada por diferencias que la desajustan y la proyectan más allá de sí misma.

En este punto, resulta necesario acudir a Derrida (1995) para pensar la espectralidad como una forma de existencia en la que la distinción entre presencia y ausencia pierde consistencia. El espectro insiste como una forma de temporalidad en la que pasado y presente se pliegan sin resolución, introduciendo una diferencia que atraviesa toda aparición. Lo que se presenta se encuentra afectado por huellas y restos que impiden su clausura.

Pensar la expansión contemporánea de la semiosfera exige atender a esta dimensión. La circulación de signos implica una reconfiguración de la experiencia del tiempo, de la presencia y de lo social, en la que los procesos de semiosis producen desplazamientos constantes en las formas de inteligibilidad. La proliferación semiótica introduce una inestabilidad constitutiva, configurando un campo en el que lo que circula se dispersa, se transforma y se rearticula como resto.

El presente trabajo se inscribe en esta problemática y propone abordar la articulación entre semiosfera, espectralidad y materialismo gótico como una vía de acceso a las condiciones contemporáneas de existencia. La atención se dirige a las formas en que lo social se configura como un campo de fuerzas en el que lo visible y lo invisible, lo actual y lo residual, lo humano y lo técnico se entrelazan en una dinámica sin resolución definitiva.

Semiosfera, mediaciones y crisis de articulación

La expansión de la semiosfera digital reconfigura los regímenes de mediación en los que la experiencia social encontraba formas de estabilización, desplazando su función sin suprimirla. Las estructuras institucionales, políticas, narrativas y representacionales continúan operando, aunque bajo condiciones que afectan su consistencia, en un campo atravesado por infraestructuras técnicas cuya lógica no se orienta a la organización sino a la modulación continua. La mediación deja de presentarse como instancia de articulación relativamente estable y pasa a inscribirse en un plano en el que las configuraciones no alcanzan a fijarse, donde cada forma se sostiene en un equilibrio siempre transitorio.

Lo común no desaparece, pero su modo de existencia se altera. La intensificación de la circulación semiótica no produce convergencia, sino una coexistencia de registros cuya relación permanece indeterminada. La experiencia no se organiza en torno a una figura reconocible, sino que se despliega como una serie de conexiones parciales, sometidas a variaciones que impiden su consolidación. No se trata de fragmentos de una totalidad ausente, sino de una multiplicidad que no remite a principio de unificación alguno, en la que cada configuración aparece atravesada por diferencias que la desajustan.

En este punto, la cuestión de las mediaciones deja de poder circunscribirse al plano institucional. Lo que se ve afectado es el modo en que algo puede sostenerse como común, esto es, las condiciones mismas de su aparición. Las articulaciones no alcanzan a estabilizarse, se reconfiguran en un campo en el que la inteligibilidad se redistribuye de manera diferencial, sin fijarse en estructuras duraderas. La experiencia se produce en ese desplazamiento, en una dinámica en la que lo que aparece no coincide plenamente con las condiciones que lo hacen posible.

Esta condición encuentra en el realismo capitalista una de sus formulaciones más precisas, en la medida en que la imposibilidad de proyectar alternativas se inscribe en el propio modo de organización de la experiencia (Fisher, 2018). La producción simbólica no se detiene ni se agota, pero se despliega en un campo cuyas variaciones permanecen moduladas por las condiciones que las hacen posibles, de modo que la diferencia no alcanza a

constituirse como ruptura sino como desplazamiento interno. Pues, lo que se configura no es una clausura de lo imaginable, sino una reorganización de sus límites, en la que la proliferación de signos coexiste con una restricción en las formas de articulación. La circulación se intensifica mientras las condiciones de estabilización se debilitan, produciendo un régimen en el que lo social se presenta como una serie de operaciones sin centro, donde la mediación ya no remite a instancias claramente identificables sino a procesos que actúan de manera difusa.

En este contexto, la experiencia se encuentra atravesada por una opacidad que surge de la dificultad de fijar relaciones estables entre lo que aparece y las condiciones que lo sostienen. La inteligibilidad se distribuye en un campo de variaciones que conviven sin converger en una forma unificada, y se sostienen en una tensión constante entre aparición y desajuste. La mediación persiste, aunque deja de organizar de manera central; interviene en un plano en el que cada configuración permanece abierta y atravesada por su propia inestabilidad.

Hacia una ontología espectral del presente

En este contexto, la espectralidad no remite a una categoría adicional dentro del orden de lo presente, sino a una torsión de sus condiciones de aparición. En Derrida (1995), el tiempo se encuentra ya atravesado por una lógica de desajuste en la que la presencia no coincide consigo misma, en tanto el pasado persiste como huella activa que no se deja clausurar en la forma de lo ya ocurrido. La espectralidad nombra esa estructura de insistencia, donde lo que aparece lo hace siempre bajo una modalidad de diferencia que impide su plena estabilización. El espectro no se deja fijar en una ontología de lo vivo o lo muerto, ni en una secuencia temporal lineal. Su consistencia no depende de una localización, sino de una forma de eficacia que desorganiza las oposiciones que sostienen la metafísica de la presencia. Lo que retorna no lo hace como repetición idéntica, sino como variación que introduce desplazamiento en aquello que parece dado.

En el capitalismo contemporáneo, esta lógica adquiere una intensidad específica. La clausura progresiva de horizontes de futuro no se traduce en ausencia de temporalidad, sino en una saturación del presente por restos de

expectativas no realizadas. El tiempo se organiza como repetición diferencial, en la que lo nuevo aparece bajo formas ya moduladas por su anticipación fallida. En este punto, la hauntología en Fisher (2018) no opera como complemento conceptual, sino como lectura interna de esta configuración temporal. La persistencia de futuros cancelados no constituye un residuo externo, sino una condición de funcionamiento del presente, en el que la experiencia se ve atravesada por una simultaneidad de presencias inestables y retornos no resueltos. Lo social se dispone así en un campo donde la temporalidad se pliega sobre sí misma sin alcanzar resolución.

En este pasaje, la espectralidad deja de operar únicamente como figura de la temporalidad para desplazarse hacia el plano de la consistencia material de lo social. Lo que retorna no lo hace desde un exterior del sistema ni como residuo secundario, sino como dimensión interna a su propia organización, en la que la materia aparece atravesada por modos de persistencia que no se dejan absorber por la lógica de la presencia plena. Esta torsión permite pensar la continuidad entre temporalidad dislocada y materialidad opaca como un mismo régimen de aparición.

El materialismo gótico² puede leerse en este marco como una radicalización de esa misma problemática, en la medida en que desplaza el análisis hacia la inscripción material de aquello que no se deja resolver en el orden de lo plenamente presente. No se trata de una incorporación de lo residual como objeto temático, sino de la consideración de que la materia social se constituye precisamente en su relación con aquello que no alcanza a integrarse del todo en sus formas de organización. Lo gótico no remite aquí a un repertorio estilístico, sino a una modalidad de inteligibilidad en la que lo real se presenta atravesado por discontinuidades, restos y repeticiones que no funcionan como anomalías, sino como condiciones de su funcionamiento.

En este sentido, la materia no aparece como sustrato estable ni como soporte transparente de relaciones sociales, sino como campo de tensiones en el que lo no absorbido persiste como fuerza activa. La distinción entre lo vivo y

² El concepto de "materialismo gótico" ha sido desarrollado en la teoría crítica contemporánea en relación con enfoques del materialismo especulativo y la filosofía del horror, particularmente en los trabajos de Eugene Thacker, así como en lecturas posteriores que exploran la dimensión opaca, excesiva e impersonal de la materia social.

lo muerto, entre lo presente y lo ausente, pierde estabilidad en la medida en que aquello que ha sido históricamente desplazado retorna como eficacia operativa. La espectralidad, en este punto, encuentra su prolongación material en una lógica en la que lo residual no desaparece, sino que insiste como parte constitutiva de la organización social.

Esta dimensión permite releer a Marx (1975) más allá de una interpretación estrictamente estructural del capital. La figura del vampiro no funciona como metáfora ornamental, sino como indicio de una lógica en la que el capital adquiere formas de agencia impersonal, donde lo muerto opera en el interior de lo vivo sin necesidad de encarnación subjetiva. El capital no se presenta como sujeto, pero tampoco como pura estructura inerte, sino como proceso que articula temporalidades y materialidades en un régimen de funcionamiento que excede la oposición entre vida y no vida.

Ontologías de la agencia deslocalizada

En el capitalismo contemporáneo, la opacidad no constituye un accidente sino una condición estructural de funcionamiento. La agencia se disemina en redes técnicas, financieras y algorítmicas que exceden la posibilidad de localización estable, configurando una experiencia en la que algo actúa sin que sea posible identificar con precisión su origen. Fisher ha descrito esta condición bajo la figura de lo espeluznante, entendida como aquella situación en la que “hay algo que produce efectos, pero no es posible determinar qué es lo que actúa” (Fisher, 2016). Esta forma de causalidad desanclada no remite a lo sobrenatural, sino a un régimen de organización de lo real en el que la producción de efectos se separa de la visibilidad de sus agentes. Aquí es cuando se introduce la problemática de la circulación de afectos. Porque esta no opera como dimensión secundaria de lo social, sino como uno de sus modos de articulación más eficaces. Sara Ahmed sostiene que los afectos no residen en los sujetos, sino que “circulan y se adhieren a cuerpos, objetos e ideas, produciendo superficies de contacto y separación” (Ahmed, 2014). El miedo, en particular, no aparece como reacción individual, sino como una tecnología social de orientación de la percepción, capaz de estabilizar fronteras, distribuir amenazas y organizar formas de reconocimiento.

Esta economía afectiva se articula con las formas contemporáneas de exposición de la vida. En Agamben, la vida expuesta designa aquella condición en la que la existencia queda incluida en el orden político precisamente en su vulnerabilidad constitutiva. “La vida desnuda es aquella que puede ser matada pero no sacrificada” (Agamben, 1998), lo que indica un tipo de inclusión que no protege, sino que expone. En el presente, esta exposición no se limita a dispositivos jurídicos o institucionales, sino que se despliega en infraestructuras técnicas y económicas que operan de manera descentralizada, configurando un campo de gestión de la vida sin centro visible de decisión.

La semiosfera contemporánea, en su expansión digital, intensifica estas dinámicas al reorganizar las condiciones de producción de lo común. La circulación de signos no converge en una esfera pública unificada, sino que se distribuye en múltiples circuitos de baja o nula articulación entre sí. En este sentido, Lotman permite pensar la semiosfera como un espacio de traducción permanente, donde la estabilidad es siempre local y provisional, y donde los sistemas culturales se definen por su capacidad de reorganizar continuamente sus propios límites.

Lo común no desaparece, pero se vuelve inestable. Las mediaciones que históricamente lo sostenían pierden capacidad de fijación, dando lugar a configuraciones efímeras de reconocimiento que no logran consolidarse en formas duraderas. Esta condición no debe entenderse como simple fragmentación, sino como transformación en el régimen mismo de aparición de lo social. En este punto, la opacidad estructural del capitalismo, la circulación afectiva y la exposición de la vida convergen en una misma lógica de deslocalización de la agencia. Lo que organiza la experiencia no siempre se presenta como instancia identificable, sino como red de operaciones que produce efectos sin necesidad de hacerse visible como tal. Fisher ha señalado que esta condición se inscribe en el realismo capitalista, entendido como “la sensación generalizada de que no solo es imposible, sino también impensable una alternativa al capitalismo” (Fisher, 2018). Esta imposibilidad no se presenta como prohibición externa, sino como modulación interna de la imaginación colectiva.

En conjunto, estas dinámicas configuran un régimen en el que la experiencia social se produce en la intersección entre opacidad estructural,

circulación afectiva y exposición de la vida. Lo que emerge no es una totalidad organizada, sino un campo de fuerzas heterogéneas en el que las relaciones entre causa, agencia y representación se encuentran profundamente desestabilizadas.

Conclusión

El recorrido desarrollado habilita la comprensión de un régimen en el que las categorías clásicas de totalidad, presencia y agencia pierden estabilidad operativa. Lo social se configura como campo de tensiones en el que las formas de aparición se encuentran atravesadas por desplazamientos que impiden su clausura. La inteligibilidad se distribuye en un conjunto de operaciones que no convergen en una unidad final, sino que se despliegan como serie abierta de articulaciones parciales. A partir de allí, la distinción entre lo visible y lo invisible, entre lo presente y lo ausente, entre lo humano y lo técnico, deja de funcionar como principio organizador. Lo que se presenta lo hace siempre en relación con aquello que lo excede o lo desajusta, de modo que toda aparición queda atravesada por una diferencia que no se resuelve. La espectralidad no constituye una dimensión adicional de lo real, sino su modo contemporáneo de configuración.

El materialismo gótico permite nombrar esta condición sin reducirla a figura retórica, en la medida en que desplaza la atención hacia la consistencia material de aquello que persiste sin integración plena. Lo que retorna no lo hace desde un exterior del sistema, sino como parte de su propio funcionamiento, allí donde la materia social se encuentra atravesada por restos, repeticiones y fuerzas impersonales que no se dejan absorber por la lógica de la presencia. El capitalismo contemporáneo se despliega como régimen de deslocalización de la agencia, en el que los efectos se producen sin correspondencia estable con sus puntos de emisión. La causalidad deja de organizar la experiencia en términos lineales o atribuibles, dando lugar a un campo de operaciones en el que las determinaciones se diseminan y no se dejan fijar en una instancia unificada. La experiencia se configura así fuera de la lógica de sujetos identificables o estructuras plenamente transparentes, en una trama de procesos cuya atribución permanece inestable, siempre diferida respecto de su propio acontecimiento.

Pensar filosóficamente la contemporaneidad implica entonces abandonar la expectativa de una totalidad representable o de una articulación definitiva de lo social. Lo que se impone es una ontología inestable, en la que las formas de existencia se definen por su relación constitutiva con aquello que no alcanza a fijarse plenamente. En ese umbral, lo real no se presenta como unidad, sino como persistencia diferencial de fuerzas que no encuentran resolución.

Referencias

- Ahmed, S. (2014). La política cultural de las emociones. Paidós.
- Agamben, G. (1998). Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida. Pre-Textos.
- Derrida, J. (1995). Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional. Trotta.
- Fisher, M. (2016). Lo raro y lo espeluznante. Alpha Decay.
- Fisher, M. (2018). Realismo capitalista: ¿No hay alternativa? Caja Negra.
- Jameson, F. (1991). El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado. Paidós.
- Lotman, Y. (2005). La semiosfera. Gedisa.
- Marx, K. (1852). El dieciocho brumario de Luis Bonaparte. Marxists Internet Archive.
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>
- Marx, K. (1975). El capital: Crítica de la economía política (Vol. 1). Siglo XXI